

Escribas

Desde las tierras de Pakal



SOFÍA MIRELES GAVITO *La Plantación Hulera de Zacualpa y el Soconusco*
THELMA LÓPEZ *Los patines bajo el muérdago* MARTHA ROBLES
De la violencia, el secreto y las furias MISAEL SÁNCHEZ *Fragmentos*
www.revistaescribas.com.mx

Hotel **Tulijá**

PALENQUE



**¡Desde hace 50 años,
las mejores vacaciones
están aquí y al mejor precio!**

tulijahotelpalenque.com



CARLOS

MORELOS RODRÍGUEZ

DIPUTADO FEDERAL



CÁMARA DE
DIPUTADOS
LXVI LEGISLATURA
LIBERTAD Y JUSTICIA SOCIAL

EL DIPUTADO FEDERAL CARLOS MORELOS RINDIÓ EN PALENQUE SU PRIMER INFORME DE TRABAJO LEGISLATIVO Y DE GESTIÓN



El domingo 23 del pasado mes de noviembre, el diputado federal del Distrito 1 de Chiapas, Carlos Morelos Rodríguez, presentó en Palenque su Primer Informe de Trabajo Legislativo y de Gestión. Agradeció la presencia de quienes lo acompañaron ese día a dicho acto ya que demuestran su respaldo y confianza que fortalecen su compromiso de seguir trabajando por el distrito y por las familias chiapanecas.

En este primer año de ejercicio en la LXVI Legislatura de la Cámara de Diputados, que comprende del 1º de septiembre de 2024 al 31 de agosto de 2025, las actividades de Morelos Rodríguez, de manera sucinta fueron las siguientes:

Participó en 124 sesiones del Congreso, interviniendo en la aprobación de 10 nuevas leyes, 20 reformas constitucionales y más de 200 dictámenes y acuerdos. Se impulsaron: derechos indígenas y afroamericanos, salario digno, igualdad, bienestar, salud, vivienda, protección animal y transición energética. Se avanzó en la consolidación de la Guardia Nacional y en las reformas al Poder Judicial. Se defendió el maíz nativo, telecomunicaciones, radiodifusión y vías férreas.

En el Presupuesto Federal de Egresos 2025 votó para la aprobación de 9.3 billones orientados al desarrollo social, de ellos Chiapas tendrá un incremento histórico



CARLOS

MORELOS RODRÍGUEZ

DIPUTADO FEDERAL



de 10,075.9 mdp, considerando un gasto estatal 2025 de 118,743.5 mdp y para el 2026 de 128,819.4 mdp. Gestionándose 10,720 mdp adicionales para infraestructura carretera, caminos y obras prioritarias.

Como integrante de la Comisión de Infraestructura, se unió a sus compañeros legisladores para impulsar la continuidad y ampliación a proyectos estratégicos como el Tren Maya, el Corredor Interoceánico y la modernización de carreteras. En la Comisión de Ganadería se gestionaron acciones urgentes para la contención del gusano Barrenador, creándose el Convenio Binacional México-EE.UU. por 51 mdd para combatir el gusano barrenador, para la producción de mosca estéril en Metapa, Chiapas con capacidad de 100 millones de insectos estériles a partir de 2026.

En la Comisión de Asuntos Frontera Sur, como secretario de la Mesa Directiva, se abordaron temas de trabajo como el desarrollo, seguridad, movilidad y medio ambiente, coordinación científica y social con instituciones como ECOSUR.

En relaciones Internacionales, participó en Grupos de Amistad con Alemania, Irlanda, Suiza, Vietnam y Bielorrusia y encuentro con la Embajadora de Palestina para fortalecer la cooperación.

Al final de su informe Carlos Morelos reafirmó su compromiso de seguir trabajando con visión humanista, de la mano de la Presidenta Claudia Sheinbaum Pardo, y con el liderazgo del Gobernador Eduardo Ramírez Aguilar, aliado del pueblo chiapaneco.




ingresa a todos
nuestros
contenidos
en línea:



2025
DICIEMBRE
Escribas

EN PORTADA:
Cascada El Salto
Palenque, Chiapas
Foto. Sariego Vega

www.revistaescribas.com.mx

 <https://web.facebook.com/revistaescribas>

<https://x.com/revistaescribas> 

EDITOR

IGNACIO

VERÁSTEGUI ALFONSO

DIRECTOR

DISEÑO

JUAN PABLO

VERÁSTEGUI GARCÍA



La Dama Serpiente y el Viejo Dios K con una flama de fuego
Justin Kerr K719 <http://research.mayavase.com/kerrmaya.html>

CONTENIDO

05 La Plantación Hulera
de Zacualpa y el
Soconusco
SOFÍA MIRELES
GAVITO

12 De la violencia, el
secreto y las furias
MARTHA ROBLES

15 Fragmentos
MISAEI SÁNCHEZ

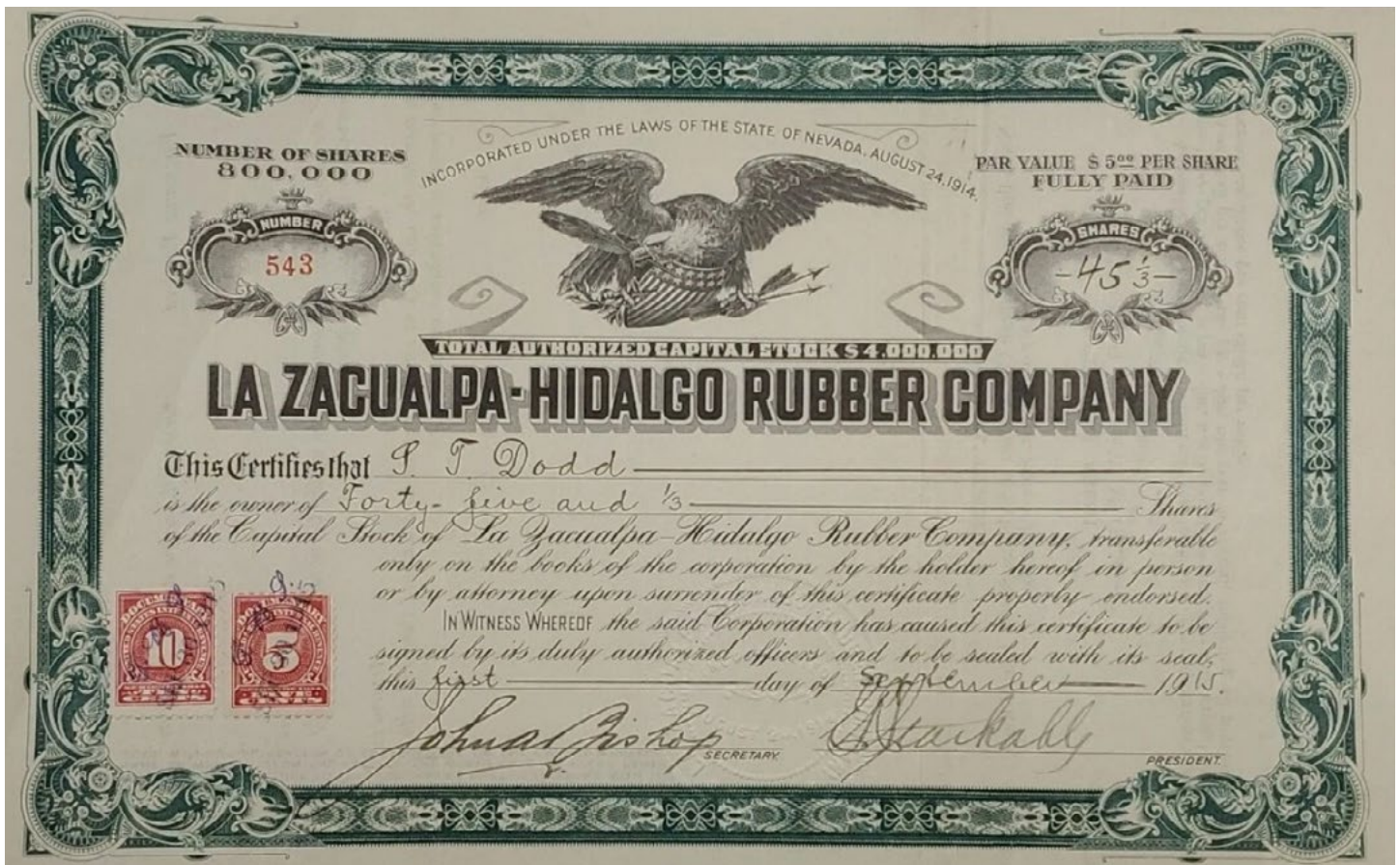
09 Los patines bajo el
muérdago
THELMA LÓPEZ

CALENDARIO MAYA Primero de diciembre de 2025

Fecha de Cuenta Larga 13.0.13.2.8
13 baktún 13 X 144.000 días
= 1.872.000 días 0 katún 0
X 7.200 días = 0 días 13 tun
13 X 360 días = 4.680 días 2 uinal 2
X 20 días = 40 días 8 k'in 8 X 1 día =
8 días Fecha del Tzolk'in: 13 Lamat
Fecha del Haab: 6 Mak Señor de
la Noche: G3. Cualquier día en el
calendario gregoriano se puede
convertir en uno correspondiente al
sistema de calendario maya. Un día,
mes y año en particular se puede
expresar en una fecha del calendario
de Cuenta Larga usando las
unidades de tiempo baktún, katún,
tun, uinal y k'in junto con las fechas
de los calendarios Haab y Tzolk'in.
Para mayor información visite
Smithsonian Museo Nacional del
Indígena Americano en:
[https://maya.nmai.
si.edu/es/calendario/
convertidor-calendario-maya](https://maya.nmai.si.edu/es/calendario/convertidor-calendario-maya)

Las opiniones expresadas por los articulistas son independientes y no reflejan necesariamente el punto de vista de *Escribas*.

Escribas, Desde las tierras de Pakal, es una revista de publicación mensual. **Diciembre 2025 No. 89** Versión digital disponible www.revistaescribas.com.mx, Editor responsable Ignacio Verástegui Alfonso. Marca con registro ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial. Registro en trámite ante el Instituto Nacional de Derecho de Autor. (ISSN) Domicilio: Nicolás Bravo No. 77 Centro Palenque, Chiapas C.P. 29960. Teléfono 9163480856. Ilustración superior basada en un detalle de la escena de *La vasija de Princeton* -EL conejo escriba- Mas información en: <http://artmuseum.princeton.edu/collections/objects/32221>



Certificado de acciones de la Compañía de Hule La Zacualpa-Hidalgo

LA PLANTACIÓN HULERA DE ZACUALPA Y EL SOCONUSCO



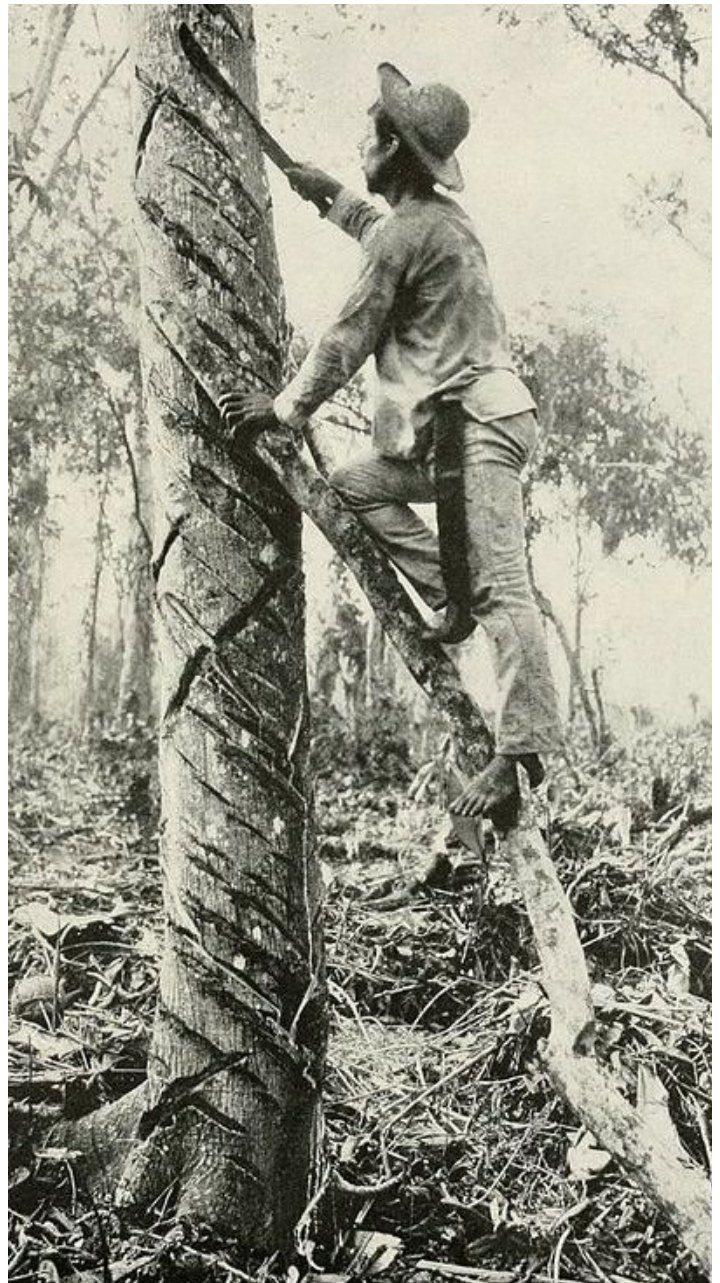
SOFÍA MIRELES GAVITO

Nació en la ciudad de México el 18 de julio de 1954. Estudio la licenciatura en Filosofía en la UNAM. Fue la primera Directora de la Casa de la Cultura de Tonalá. Ha escrito los libros: "Tonalá, su historia y sus costumbres"; "La Batalla de la Raya de Tonalá 1813" Cronista de la ciudad de Tonalá desde el 2006, miembro de la Asociación de Cronistas del Estado de Chiapas, A.C. y miembro de la Asociación Nacional de Cronistas de Ciudades Mexicanas.

Porfirio Díaz dio facilidades a los extranjeros para que estos compraran miles de hectáreas en el Soconusco, tierras de primera; oportunidad que aprovecharon alemanes y norteamericanos. La compañía Hulera "La Zacualpa Rubber Plantation", se funda en 1900 con capital norteamericano de San Francisco, California y el inversionista inglés Oliver H. Harrison, quién había comprado esta finca en 1890 al Señor Fuente Villa, quién por falta de liquidez, se le había embargado y la tuvo que vender. La Zacualpa, en su momento, llegó a ser considerada la mayor plantación hulera del mundo. Esta finca tuvo al principio 7,700 Has. con 7,500 Has. de hule; fue administrada

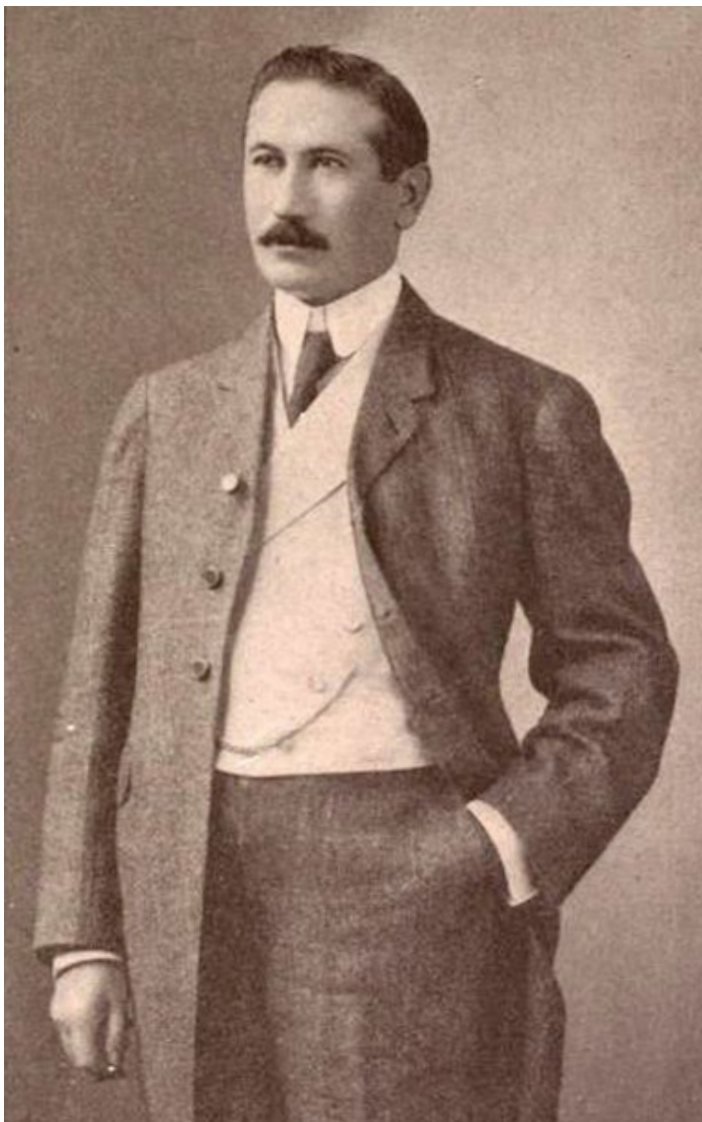
por Charles Lesher y estaba ubicada entre Escuintla y Huixtla, (actualmente municipio de Villa de Comaltitlán).

En 1904, la Zacualpa se enfrenta a una gran inundación y el agua destruye la mitad de sus plantaciones. A partir de ahí, la compañía emprende extensas y costosas obras de drenaje, para las cuales se ve obligado a importar mano de obra adicional en la persona de unos cuantos cientos de peones chinos. Y en este mismo año de 1904, los norteamericanos a través de Harrison adquieren 2,600 hectáreas más. Así, la plantación hulera de Zacualpa llega a tener más de 10,000 Has., y 100 kilómetros de canales de drenaje.



Picador de Hule

En condiciones normales, Zacualpa empleaba 800 trabajadores de planta que realizaban labores permanentes de podas y limpieas. Estos peones fijos, de los que forman parte alrededor de 200 chinos, ganaban \$1.00. Más, en su mejor época, Zacualpa requirió 5,000 trabajadores por su abundante producción de caucho, de 25 toneladas de hule por semana, con un rendimiento de 4 toneladas por hectárea. La compañía Zacualpa llegó a tener 2 millones de árboles de la variedad castilloa elástica.



O.H. Harrison, Director de La Zacualpa-Hidalgo



Exhibición en el pabellón de mecánica de la compañía de hule La Zacualpa-Hidalgo en la convención de la Liga Epworth (E.U. Julio 1920)

El canal de drenaje de la Zacualpa estaba en medio de la plantación principal, estaba equipado con compuertas para riego durante la época de secas y para proteger contra las inundaciones en la época de lluvias.

Los campesinos que se dedicaban a extraer la resina del árbol del hule, se les conocía como huleros, cargaban una cubeta chica, un bote o lata de 15 litros y su machete, para subir al

árbol lo hacían por medio de escaleras hechas de palo de chicozapote. Para extraer la resina hacían un corte a la corteza en forma de vueltas alrededor del tronco, la resina la recogían por medio de un huacal pequeño. Había árboles que daban de 2 a 4 litros; los árboles más grandes producían una lata de 15 litros. Para embarcar el hule y enviarlo a San Francisco, California se trituraba en un trapiche el "guamol", que es un bejuco que al prensarlo suelta una leche transparente con agua y un poco de bagazo, se colaba y se le mezclaba al hule para que coagulara, ya coagulado se cortaban marquetas grandes de 20 kilos listas para embarcarse; para volverlo hacer liquido lo calentaban con azufre.

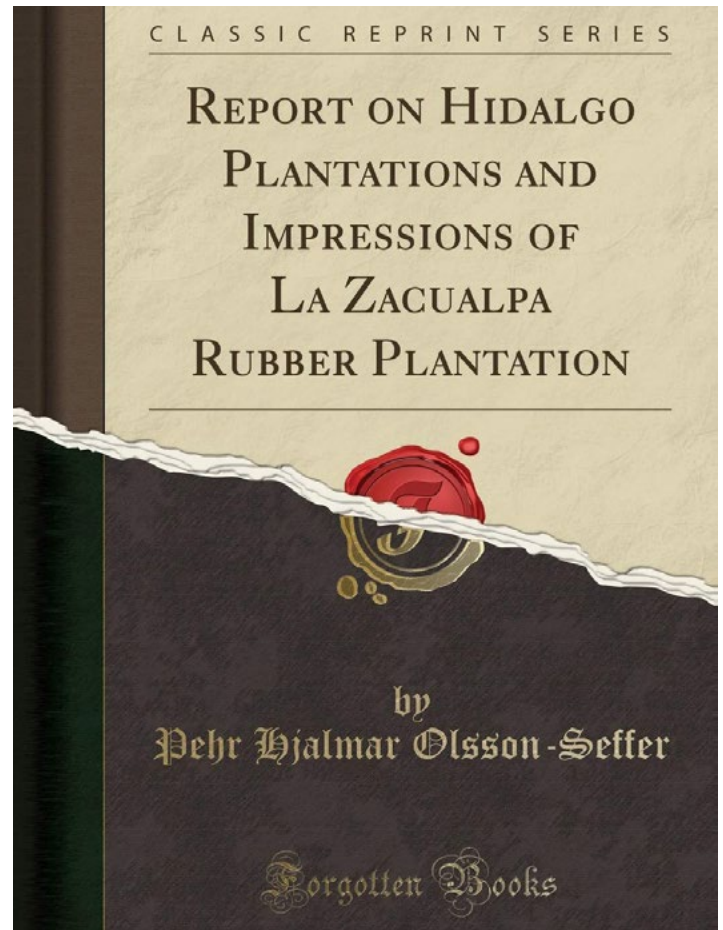


Cosecha de Hule

La plantación hulera operó muy bien durante más de 15 años; pero en 1917, los trabajadores empezaron a desertar, a instancias de los carrancistas que sembraron la violencia en la región de Escuintla. Comenta el cronista de

Villa Comaltitlán, Ricardo Ramos Cruz: “que la misma compañía Zacualpa empezó en 1916 a dar instrucciones a todo el personal que se les iba a pagar a mujeres y niños que quisieran recolectar la semilla del árbol del hule, estos lo recogían, lo lavaban y lo ponían a secar. Se les compraba a 10 centavos la medida de semilla, eran botes como de un kilo. Toda la semilla que recolectaban, se enviaba de contrabando para nuevas plantaciones. Los propietarios de la compañía abren otra plantación hulera en Nueva Zelanda, porque la mano la mano de obra de allí era más barata y el clima era similar al del Soconusco.”

Así que, que la Zacualpa, como productora de caucho, terminó por 1920; los socios la vendieron a otros inversionistas que la convirtieron en plantación bananera. (Tovar González, Ma. Elena, 2006: 104) Por el año de 1938 fue expropiada y convertida en el Ejido Hidalgo. Actualmente,



se ven algunos árboles de hule en Villa Comaltitlán, que son hijos de aquellos que sembraron los norteamericanos en 1890.

B I B L I O G R A F I A .
 - Bartra, Armando. (1996) El México Bárbaro. Plantaciones y Monterías del Sureste durante el Porfiriato. Edit. El Atajo. México. pp: 147-157, 305-316, y 449-454.
 - García de León, Antonio. (1989) Resistencia y Utopía. Tomo I. Edit. Era. México. pp: 179; y tomo II pp: 211.
 - Ramos Cruz, Ricardo. (2010) “La Zacualpa Rubber Plantation” en Crónicas Municipales. Villa Comaltitlán, Chis.
 - Tovar González, María Elena. (2006) Los finqueros extranjeros en el Soconusco durante el Porfiriato. Edit. UNICACH y COCYTECH. México. PP:102- 106.



*Casa Grande de de la compañía de hule
 La Zacualpa-Hidalgo (Diciembre 1927)*





LOS PATINES BAJO EL MUÉRDAGO



THELMA LÓPEZ

Nació en Tapachula. Estudió Contaduría Pública y un Postgrado en Administración de Organizaciones en la Universidad Autónoma de Chiapas. Laboró durante 28 años en la Administración Pública Federal. Su trabajo como escritora ha sido publicado en los periódicos, El Sol del Soconusco y Noticias de Chiapas. Forma parte de los colectivos “Tejedoras de vida”, “Fraternidad Literaria bajo el Palo de Mango”, y “Latino Escritores”.

El año 2026 está próximo a llegar; el cambio climático está dando señales; Zeus se dedica a castigar a la humanidad por propagar el fuego.

En México, las decoraciones navideñas se muestran escondidas junto a las ornamentaciones correspondientes al “Día de Muertos”. Surgen las ansias por llegar a las fiestas, que se visten en tono dorado. Corren descalzas, apresuradas por los pasillos en las tiendas departamentales, exhibiendo el inventario que no se vendió un año anterior.

Ayer, paseando por el corazón de la ciudad habitada por siempre, los recuerdos se activaron.

Finalizados los años setenta, la educación secundaria se instaló, con todos sus retos; la lengua extranjera representó una verdadera calamidad. Para no duplicar el seis en la boleta, me inscribieron en clases privadas de habla británica; fue entonces cuando la conocí.

Victoria habitaba en un edificio antiguo, localizado frente a la escuela donde recibí lecciones de inglés. En su vivienda notaba símbolos que yo no entendía: un retrato en la sala, correspondiente a Carlos Marx, un hermano que se llamaba Darwin y una perra preciosa, tranquila, llamada Pino; en realidad su nombre completo era “Pinochet”.

No recuerdo el momento en el que comenzamos nuestra amistad, pero conservo en la memoria su felicidad, el estallido en su sonrisa. Su cabello ondulado, un rostro resplandeciente con pecas. “Ojos como pequeñas estrellas” envueltas en negro. Labios finos. Un ambiente festivo que contagiaba a gran escala.

Había algo en ese pasado que yo quería con todo el corazón, ¡aprender a patinar! Ese deseo lo sentía distante.

Los aparatos metálicos con cuatro ruedas que se sujetaban a mis zapatos con cintas de cuero hicieron su aparición. Aquella niña, unos años mayor que yo, me enseñó a deslizarme. Ella me sostenía por la cintura. Me golpeé la cabeza contra los árboles muchas veces, pero por fin aprendí.

Por turnos, nos colocábamos los artilugios en las extremidades mientras la otra se deslizaba con las piernas sobre las losetas de mármol, emulando el movimiento tal cual una esquiadora. Era placentero desplazarse por el parque “Miguel Hidalgo”. Divisar los letreros espectaculares, los globeros portando sus silbatos anunciando su mercancía, sintiendo el viento en la cara, contemplando la fuente lanzando agua que salpicaba ilusiones, ¡era genial! Los árboles proporcionaban sombra, refugio a los centenares de pájaros que habitaban en la metrópoli y se hospedaban en ellos, trinando intensamente, dejando una nube formada por plumas negras sobre el cielo rosado en el atardecer cotidiano. Un remanso de paz ciudadano, tal cual un arroyo de agua. Limpia y fresca — No entiendo cómo era posible que los padres no supieran que pasaba tanto tiempo



en la vía pública. La Causa era clara, buscando un ascenso laboral, ella tomó una plaza en el turno vespertino. Él con horario discontinuo.

Las fechas relacionadas con la epifanía se acercaban; los adornos en las calles salían a relucir. Las palmeras se emperifollaban con escarchas coloridas.

Nuestra realidad era muy diferente.

En el hogar de Viki, no se celebraba la Navidad: Su progenitora era escritora, redactaba artículos que enviaba con frecuencia a un diario en un país lejano. La tengo en la memoria con cabello rubio, fumando un cigarro frente a su máquina “Remington”. Dándome un beso en la mejilla con olor a tabaco y perfume; despidiéndose con una frase corta.

—Chao, “Cabrita”.

Al mismo tiempo, un vendedor se presentaba en nuestra casa con un catálogo encantador; me agradaba sentarme junto a ella para contemplar las imágenes visuales que aparecían danzantes, los Reyes Magos, paisajes cubiertos de nieve lucían en todo su esplendor. La escena contemplando el advenimiento fue la seleccionada; jamás olvidé el tono verde, se sentía aterciopelada al deslizar el dedo sobre ella.

Estoy obligada a reconocer que disfrutaba las celebraciones, el calor de tener a mamá en movimiento, proporcionándome regalos, ropa nueva; lo más importante, la morada se transformaba en un espacio repleto de fragancias a pino, canela y clavo de olor. Fue en ese momento cuando, de forma implacable, solicité a mamá una postal para la jovial compañera de juegos; no obstante, ella ya había tomado una decisión, me contestó con firmeza que “no”. Esas anotaciones en papel estaban destinadas a sus comadres y amigas.

No abandoné la idea; esa tarde tomé el autobús local llamado “zócalo Estación” para adquirir una misiva decorada, en la mercería llamada “El Alambre de Oro”. Con escritura poco legible, le dediqué unas frases a Victoria. Al día siguiente, mientras estábamos sentadas en el umbral de su estancia disfrutando de una paleta de caramelo acompañada de un sobrecito de chamoy, saqué la nota del bolso y se la entregué con un abrazo.

Ella me observó con melancolía; sorprendida, comentó:

—Sabes que esto no es real, ¿cierto? Preguntó. Sin que tuviera la oportunidad de responder, notó la tristeza tocando la mirada; ella misma se respondió pasando su brazo sobre mi hombro. —Eso es cierto, los Reyes Magos llegaron de Oriente. Agregando la frase. — ¡Vamos a divertirnos!, Guiñándome un ojo en señal de amistad.

En esos ayeres, las vacaciones escolares iniciaron; no había razón para salir a la calle. Finalizadas las fiestas decembrinas, la busqué a la hora acordada; sin embargo, ella ya no estaba...

Cuando apareció el próximo solsticio de invierno. Pasé cabizbaja en numerosas ocasiones frente a su vivienda, deseando comprender las causas por las cuales no se despidió.



Comienzo a adornar, quitándole el polvo a las remembranzas; las flores de nochebuena coquetas me miran y me miran. De un rojo intenso, hechizo de frescas fantasías, con la luna llena vigilándome desde lejos.

El parque central ha cambiado por completo; el mármol se esfumó, el vendedor de palomitas de maíz desapareció, el sitio de taxis “149” de modelos antiguos se borró. Las baldosas rojas en la casa familiar ya no guardan olores de cocina o huellas; ahora el inmueble permanece cerrado.

Finalmente, me calcé las ruedas de los recuerdos, las ajusté con precisión a los pies; volé con la mente junto a una amiga que se desdibujó por las calles en el olvido, dejando un rastro encantador y cálido; un tintineo de cascabeles bajo el muérdago en el corazón.





DE LA VIOLENCIA, EL SECRETO Y LAS FURIAS



MARTHA ROBLES

Nació en Guadalajara, Jalisco. Autora de ensayos, novelas, cuentos y prosas. Licenciada con Mención Honorífica en Sociología por la UNAM; Especializada en Desarrollo Social Urbano por el Instituto de Estudios Sociales de La Haya, Holanda; Maestra en Letras Hispánicas con Mención Honorífica y Medalla Gabino Barreda por la UNAM. Su página digital es: martharobles.com

Si no tuviéramos heridas secretas no existirían la literatura ni los padecimientos psíquicos. Tampoco habría escritores, lectores ni traumas psicológicos. Unos por narrar la complejidad, otros por tratar de entenderla o meterse al lado oscuro, a todos nos atrae lo inmencionado, a condición de no tocar lo que nos atormenta.

Si algo sabemos es que lo que se calla a la luz del día revienta en nuestro interior. Aunque quiera disfrazarse, este huésped incómodo se deja sentir entre silencios y pausas; se convierte en ansiedad, angustia y movimientos nerviosos, en escritura, al oído del terapeuta, en rogativas al cielo o confidencia en el otrora confesionario; pero es ley de vida que algún indicio se escapa

y que alguien lo reconoce. Los secretos más íntimos van a parar a tan diversos basureros del alma y de la sociedad que por silenciados en complicidad, enmascarados o reprimidos, por miedo o vergüenza, se manifiestan con rabia, dolor, tristeza, agresión, daño moral y en el mal vivir que llamamos neurosis.

Hace miles de años conocemos a las Erinias o Furias porque fustigan con sentimientos terribles las faltas cometidas. Anteriores a las leyes humanas y a los remedios terapéuticos, atacaban la conciencia de los antepasados con tal intensidad que ni realizando trabajos sobrehumanos o prefiriendo la muerte Heracles pudo aliviar su angustia.

Para estas entidades monstruosas no existe secreto que les impida cumplir su tarea punitiva: todo ven, todo saben y, presumiblemente, ningún delito deja sin vengar.

Reparten condenas tan punzantes como la culpa, el remordimiento y el autodesprecio para no dejar daño sin castigo. Aunque Inmortales, su azote se ha transformado porque, a diferencia de tantos crímenes cometidos en el pasado, actualmente son más intensas y sofisticadas las razones del sufrimiento, y también las mañas para burlar sanciones.

Pensemos, por ejemplo, en la violencia que generan la cólera, la ira, la lujuria, los maltratos, los saqueos, las violaciones, el engaño, la indolencia, la mentira, los abusos, los secuestros, las rivalidades, la envidia, la codicia...

Por la corrupción normalizada aun en las religiones, la justicia prefiere ignorar muchas agresiones y delitos, como si los instrumentos del Mal fueran inofensivos. Las devaluadas Euménides, Erinias, Furias o Vengadoras, por desgracia, no alivian el dolor de



las víctimas, que mayoritariamente son mujeres y niños. Hasta en la mitología pesa el patriarcado. Las religiones enseñaron a refundir y “soportar” la agresión al grado de que culturalmente hay que resignarse al Mal, enquistado dentro y fuera de casa. En consecuencia y por más que se trate de mantenerlo en secreto, el sufrimiento rebota con potencia agregada.

Para mayor desgracia, los secretos engendran padecimientos psicológicos, morales y físicos tan agudos que son santo y seña del carácter.

Vengadoras emblemáticas, las Furias agujijonan a verdugos y transgresores que aún conservan cierta capacidad de arrepentimiento; sin

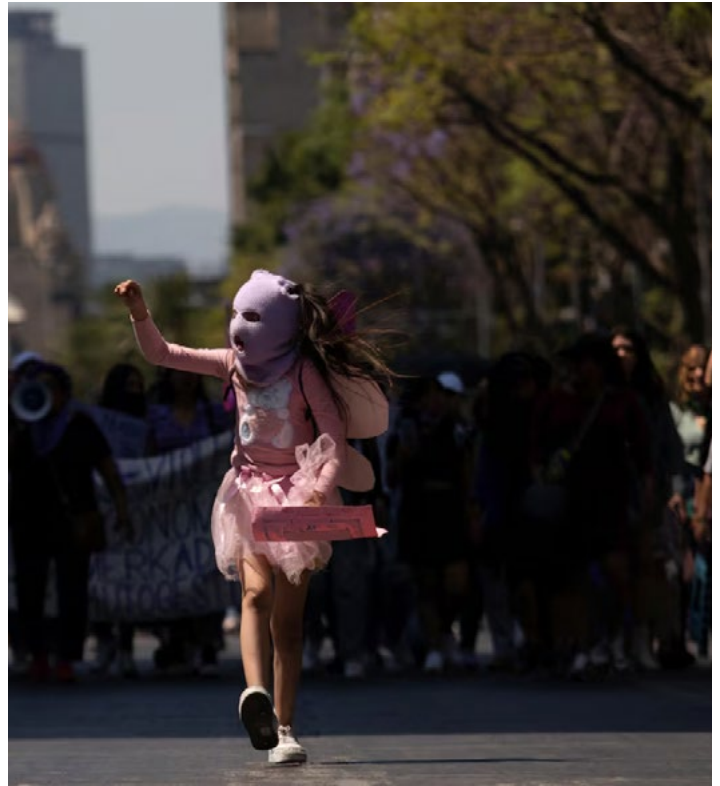
embargo, ignoran tanto a las víctimas que nos hacen creer que la piedad, la compasión y la reparación del daño son atributos accesorios y prescindibles. Hemos llegado a tal extremo de perversión que la intensidad delictiva escapa tanto al poder punitivo de las Furias -cuyo azote psicológico se ha devaluado por la profusión de psicópatas, cínicos, narcisistas y machos-, como al del paupérrimo orden judicial. Por datos de INEGI sabemos que, en México, 7 de cada 10 niñas y mujeres mayores de 15 años, hemos sufrido violencia machista; es decir: 70% de la población femenina, con el agravante de que la cifra tiene a crecer anualmente un 4%.

La violencia feminicida deja CADA DÍA más de 11 mujeres asesinadas en el país. Eso, sin contar encubrimientos ni “desaparecidas” que no se registran y quedan en el limbo.

Mejor citar a INEGI para no abominar de la justicia humana ni de la divina: “la violencia psicológica es la más predominante, con un 51,6%, seguida de la sexual, con 49,7%; la física, 34,7%, y la económica y patrimonial, 27,4%, según los datos de la encuesta realizada del 4 de octubre al 30 de noviembre de 2021.

Con respecto a los resultados de 2016, el organismo destaca que el cambio entre las dos encuestas es estadísticamente significativo.” Por consiguiente, es delgada la hebra entre secreto y violencia. Ponerle nombre a lo que se calla ayuda a pronunciarlo, pues la justicia requiere de palabras.

Por amarga que sea, la agresión debe nombrarse, denunciarse y castigarse para evitar que el “secreto” añada otra agresión evitable. Hay un momento en que las mujeres entendemos



8 de marzo 2023 CDMX. Imagen.
Quetzalli Nicté-Ha (Reuters)

que los secretos son silencios enfermos y acciones malignas que encubren al agresor.

Como escritora entendí tardíamente que México se apoya en una red de historias ocultas, expedientes extraviados, crímenes solapados, secretos y brutalidades disfrazadas de supuesta protección marital, familiar y social, “razón de Estado”, “seguridad nacional” o “conveniencia política”.

Todo comienza en el ámbito domiciliario y, como ola expansiva, el secreto teje de arriba abajo y de lado a lado la terrible realidad inmencionada. Cuando las mujeres levantemos el velo a lo silenciado surgirá desde el lado oscuro la verdadera historia, inédita todavía.

Diciembre 1, 2025



FRAGMENTOS



¡PAYASOS!

Fragmento de La República del Maquillaje



MISAEEL SÁNCHEZ

Periodista oaxaqueño con más de treinta años de experiencia profesional. Experto en crónica y reportaje, es reportero de la Agencia Oaxaca Mx

No sé quién fue primero: si yo, que observo, o Milo, que se desdobra entre el payaso y el hijo de titiriteros caídos. Tal vez ambos, y en ese simultáneo reconocimiento comenzamos la función que nadie pidió, pero que todos necesitaban. Él no nació para hacer reír; nadie lo hace. La risa, en cambio, sí necesitaba a alguien que la encontrara, y allí estaba Milo, armado con un cuaderno raído, un trozo de sombra y una torpeza que rozaba lo sagrado.

La plaza parecía ordinaria hasta que Milo apareció. Nada en ella anunciaba el milagro que se avecinaba: un suelo de adoquines, bancos desiguales, y el olor a pan recién horneado que alguien llevó sin saberlo. Yo estaba sentado entre la multitud, con la sospecha de que algo iba a suceder, y, de pronto,

ocurrió: Milo abrió su maleta de trucos. Y no eran trucos cualesquiera: cartas que se multiplicaban como constelaciones fugaces, pañuelos que desaparecían solo para reaparecer en el bolsillo del niño que jamás había soñado con magia, monedas que saltaban de mano en mano como peces inquietos, y cuerdas que se convertían en serpientes que silbaban secretos de otros mundos.

Cada gesto suyo era un desafío a la gravedad. Cada sonrisa, un manifiesto silencioso contra la utilidad. La República del Maquillaje no se había hecho visible, pero estaba allí, flotando entre los espectadores, en la imperfección de cada acto, en la torpeza calculada de Milo. Yo, cronista a medias y espectador absoluto, sentí cómo cada truco se convertía en una grieta en la pared de la rutina: alguien reía antes de que el truco terminara, alguien lloraba sin saber por qué, y alguien más aplaudía un gesto que había sido apenas un tropiezo.

Cuando Milo alzó su sombrero, no salió un conejo; salió un destello de luz que parecía recordar a todos que la maravilla no tiene permiso. Cada truco, cada gesto, estaba impregnado de esa valentía silenciosa: la de quien sabe que su arte no será entendido, pero que aun así persiste, porque la risa es una especie en peligro y él, él la protege con uñas, maquillaje y torpeza.

Recuerdo la levitación de la pequeña mesa de madera. Yo veía cómo flotaba y cómo las manos del público se abrían para no tocarla, como si rozar la ilusión fuera un sacrilegio. Milo caminaba alrededor, contagiando un ritmo que nadie había ensayado: era torpe, sí, pero cada caída calculada abría un aplauso. Cada gesto era un ritual de insurrección afectiva, y en ese instante entendí que el circo no era un lugar, sino un método, una manera de habitar el tiempo que nos queda antes de que la risa se extinga.

Hizo desaparecer la cuerda y apareció atada a la muñeca del anciano que juraba haber olvidado



cómo sonreír. Hizo aparecer una baraja dentro de la bufanda del perro que nadie llevó, y las cartas parecían susurrar historias de otros payasos que habían caído antes de él. Milo no hablaba; sus palabras eran los objetos que se movían, los niños que gritaban, los adultos que olvidaban sus propias reglas por un instante.

Yo me atreví a preguntarle, en un descuido: “¿Cómo lo haces?” Y Milo, sin dejar de mover sus manos, solo respondió: “No lo hago. Lo permito”. Esa fue la lección que me dejó: la magia es menos un acto y más una concesión a lo imposible.

Al final, cuando la plaza volvió a su normalidad aparente, sentí que nada había cambiado, y sin embargo todo había sido trastocado. Cada espectador llevaba algo de la República del Maquillaje consigo, aunque no supiera cómo nombrarlo. Milo se inclinó con torpeza gloriosa, su risa escondida entre los labios pintados, y desapareció entre la multitud. La función, si es que alguna vez comenzó, ya había pasado por aquí y dejó su temblor: un rastro de risa, de lágrimas, de confeti mojado y de resistencia estética.

Y yo, que fui testigo y narrador, entendí que Milo no era un payaso. Era un insurgente de la alegría, un guardián de lo inasible, un curador de lo que nadie sabía que se estaba perdiendo. Y, mientras la plaza quedaba vacía, sus trucos seguían flotando, invisibles y audaces, recordándonos que la magia no es un espectáculo: es un territorio que solo los valientes se atreven a habitar.

Vigilia de un oficio que ya no duerme
Fragmento de “Crónica de un periodista que no se dejó enterrar”

Cuando lo encontraron, Ezequiel Varela estaba muerto. No en una sala de hospital ni en una cama tibia. Estaba frente a su escritorio, con la lámpara encendida y el café frío. No había sangre, ni carta, ni drama. Solo el cuerpo vencido por el oficio, como si la última frase que intentó escribir se le hubiera quedado atrapada entre los dedos. Las gafas torcidas, la libreta abierta, el ventilador girando lento. Era jueves. Y olía a redacción.

La escena no sorprendió a nadie. Quienes lo conocieron sabían que Varela no podía morir de otra forma. Su vida fue una sucesión de cierres nocturnos, de titulares que no llegaron a imprenta, de notas que se escribían con urgencia y se corregían con rabia. Murió como se mueren los periodistas de antes: en silencio, sin reflectores, sin trending topic. Murió cuando la noticia del día ya había caducado. Murió de noche.

La frase no es nueva. “Los periodistas mueren de noche” se decía en las redacciones cuando el papel aún dictaba el ritmo de la verdad. La noticia que se imprimía al amanecer empezaba a envejecer al caer la tarde. La edición se cerraba en la madrugada, y con ella, la vigencia del periodista. Lo que se escribía hoy, mañana ya era historia. Y lo que no se publicaba, simplemente no existía.

En ese mundo, el periodista vivía en función del cierre. La vida personal se subordinaba al último párrafo. Las cenas se cancelaban por una



declaración inesperada. Las madrugadas se pasaban entre galeras, pruebas de imprenta y llamadas urgentes. El cuerpo se acostumbraba al insomnio. La mente, al vértigo. Y el alma, al desencanto.

Varela fue uno de esos. Nunca tuvo cargo, pero todos lo respetaban. No firmaba columnas, pero sus frases circulaban como dogmas. “La objetividad no existe. Solo existe la honestidad con los datos.” “Un periodista no pregunta por permiso. Pregunta para incomodar.” “La noticia es lo que no quieren que se publique. Todo lo demás es publicidad.” No dejó herencia, pero dejó escuela.

Hoy, el periodismo ya no muere de noche. Muere cada segundo. La noticia se consume en tiempo real. Se publica sin edición. Se comparte sin contexto. Se comenta sin lectura. La vigencia ya no dura un día, dura minutos. Y el periodista, antes dueño del tiempo, ahora corre detrás de él.

Las redacciones ya no huelen a tinta ni a cigarro. Huelen a aire acondicionado y a teclado

silencioso. Los cierres ya no se celebran con café, se automatizan con clics. El editor ya no grita, el sistema digital decide. Y el reportero ya no camina, se conecta. El oficio se ha vuelto sedentario. Y en esa comodidad, ha perdido parte de su esencia.

Pero hay quienes resisten. Quienes aún escriben con el cuerpo inclinado sobre la mesa. Quienes aún creen que la verdad necesita contexto, que la crónica requiere tiempo, que el periodismo no es solo información, sino forma, estilo, ética. Quienes aún entienden que la noticia no es lo que se viraliza, sino lo que se investiga.

Ezequiel Varela murió como vivió: incómodo, inédito, invicto. Su muerte no fue noticia. Pero su vida fue una lección. Porque el periodista no muere cuando deja de escribir. Muere cuando ya nadie quiere leer la verdad.

Y esa verdad, aunque se publique en digital, aunque se comparta en redes, aunque se consume en segundos, sigue teniendo el mismo peso que tenía en papel. Porque la vigencia de una noticia no depende del formato. Depende del compromiso con los hechos.

Los periodistas ya no mueren de noche. Pero el periodismo, si no se cuida, sí.

Hombres de agua y piel de escama **Fragmento de “Periodista Gastronómico”**

Puerto Escondido amanecía con ese olor salado que se mete entre los huesos. León Ordóñez bajó de la camioneta con la camisa pegada al cuerpo y la libreta envuelta en una bolsa de plástico. El mar estaba cerca. No lo veía, pero lo sentía: rugido de fondo, pulso azul que movía la tierra. Rubén, el Coyote, había dicho una frase antes de alejarse con su eterna sonrisa torcida:

—Aquí no se pesca por deporte. Se pesca por necesidad. Y a veces, por orgullo.

Lo esperaban tres hombres junto a una panga descascarada. Piel morena, ojos hundidos, cuerpos tejidos por la sal y los días. Uno de ellos mascaba tabaco y escupía al suelo como si así marcara el territorio.

—¿Tú eres el que vino a escribir de comida? —preguntó el mayor, sin suavidad. —Sí —respondió León.

—Entonces hoy no escribas. Hoy cárgate un anzuelo. Subieron a la panga. León no dijo palabra. El sol apenas trepaba las palmas. El motor rugió, y la lancha rompió el mar como quien parte un recuerdo a la mitad.

A bordo, el silencio no era hostil. Era costumbre. Solo se rompió cuando el más joven sacó una botella de mezcal y la ofreció como quien comparte sangre. León bebió. Tosió. Ellos rieron. Él también.

—¿Qué buscan hoy? —preguntó, con voz aún ardida. —Barracuda —dijo el más viejo—. Bestia prehistórica. Sabe a lodo y a cielo. Pero si lo sabes preparar, te cuenta historias que ni tu madre te dijo. El mar era plomo en calma. Los hombres lanzaban redes con precisión ancestral, sin hablarse. Cada movimiento era coreografía vieja,



como un rezo sin voz. León miraba y apuntaba en la cabeza: “Esta cocina no empieza en fogones. Empieza en agua. En marea. En espera.”

Uno de los pescadores —Silvestre, se llamaba— se sentó junto a él. Su rostro tenía grietas más hondas que las de la barracuda.

—El mar da. Pero también se cobra —dijo.
—¿Qué se cobra?

—A veces un dedo. A veces un hijo. Pero siempre se cobra algo.

León no supo qué responder. Silvestre siguió:
—Ustedes allá arriba creen que el mar es fondo de pantalla. Azul bonito. Aquí sabemos que es dios y es verdugo. Que tiene ciclos. Y si te saltas uno, te jode el siguiente.
—¿Y la comida?—preguntó León—.¿Dónde entra?
—Aquí no hay recetas. Hay temporadas.

La barracuda sale hoy porque la luna está como está. Y si sale otro día, sabe a nada.

De pronto, la red tembló. Tensión. Movimiento. El más joven gritó y jaló con fuerza. Lo que emergió fue un animal extraño, oscuro, con hocico de reptil y escamas de otro tiempo. León lo miró fascinado. La barracuda.

—¿Eso se come?

—Se honra —respondió Silvestre—. Y luego se come.

Volvieron a la costa sin prisas. El sol ya era un puño. León anotó mientras secaba la frente: “Aquí, cada plato empieza en el mar. No en la cocina. Se cocina con paciencia, se come con respeto, y se digiere con miedo. Porque cada mordida es un pacto con los ciclos del mundo.”

El mar rugió a lo lejos. León lo escuchó distinto. Como si el agua, por un instante, hablara en su idioma.



La estocada al padre Fragmento de “El rito del hombre”

Fue en Tuxtepec donde se presentó el cartel más extraño que Don Silvio recordara: tres novilleros debutaban en una plaza improvisada con sillas de lámina y burladeros de tambor. Pero no fue la rareza del cartel lo que lo atrajo, sino el apellido en el tercer puesto: Rafael Ledesma, “El Nieto”.

Ese apellido tenía sombra.

Décadas atrás, un torero llamado Germán Ledesma —su padre— enfrentó en esa misma plaza a un toro llamado Bárbaro, de la ganadería El Sauce. La faena prometía leyenda, pero terminó en desgracia: el toro lo reventó en el segundo tercio. No murió. Pero su arte sí. Germán nunca volvió a pisar un ruedo. Se convirtió en juez de plaza: mudo, severo, incapaz de aplaudir.

Rafael nunca lo mencionaba. Decía ser autodidacta. Pero todos sabían que se entrenaba frente a los recortes viejos, frente al video de la cogida, como quien ensaya la muerte ajena para quitarle el miedo.

La tarde de su debut, Silvio se sentó en el último escalón del graderío. El primer toro salió frío. El segundo, noble. El tercero, Centella, fue de El Sauce. Nadie dijo nada. Pero todos entendieron: era hijo de la línea brava que acabó con su padre.

Rafael lo supo. Le temblaron las manos al recibir el capote. No hizo brindis. Solo caminó al centro del ruedo con una cadencia torpe, como quien va a pedir perdón o a disparar.

Lo que siguió no fue arte. Fue ajuste de cuentas. Cada pase era torpe, seco, sin belleza, pero cargado de rabia. No buscaba emoción. Buscaba redención. En el segundo natural, el toro le pegó una voltereta. Rafael se levantó sin ayuda. Con el traje desgarrado, la boca ensangrentada... dio un pase de pecho que pareció orar.

Mató con rectitud. Sin adornos. Como quien cumple una promesa amarga.

Y en la barrera, entre la multitud, su padre aplaudió. Una vez. Solo una.

Silvio escribió esa noche con la mano temblorosa: > “No fue una faena. Fue un duelo. No entre toro y torero, sino entre hijo y padre. Y no ganó nadie... pero ambos salieron libres.”



Más tarde, encontró a Rafael sentado solo en el callejón. Le ofreció un trago. El muchacho negó con la cabeza. —¿Lo hiciste por él? —Lo hice por mí —respondió—. Para poder mirarlo a los ojos cuando ya no esté. Y se marchó sin más.

Silvio no volvió a verlos. Pero guardó una frase que cruzó el aire esa tarde, dicha por un viejo taurino ciego: > “Hay estocadas que no matan al toro. Matan el silencio.”

Cantinflas, Jesucristo y la iguana azul Fragmento de “El sintagma errante”

A los siete años, Cayetano descubrió que el lenguaje podía ser un castigo. Fue en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, donde el verbo dejó de ser himno y comenzó a ser verdugo. Ahí no lo conocían. Era el nuevo, el raro, el del habla rimbombante. La ciudad tenía calles empedradas, tejados de teja roja, y una forma de silencio que parecía observarlo con recelo.

Su madre, Petra de los Ángeles, había decidido mudarse tras una promesa laboral incumplida del padre que ya no estaba. Se instalaron en una casa que olía a humedad y aguardiente, junto a un estanquillo donde los niños gritaban “háganse pá allá, no estorben”, y donde Cayetano se sintió como un personaje fuera de tiempo.

El primer día de clases llegó vestido con una camisa de cuellos bordados y un cuaderno que había dividido en secciones: sustantivos comunes, propios, abstractos. Nadie le habló. Durante el recreo, se acercó a un grupo de niños y les dijo: “El chiste es una forma de narración breve con intención lúdica”. Le arrojaron una bola de lodo.

Fue entonces cuando inventó su primer cuento. Lo escribió con letra temblorosa, entre las palabras de otros que le decían “catedrático enano”.

El cuento hablaba de un niño que se escondía en una iglesia y que cada noche veía cómo Cantinflas discutía con Jesucristo por una deuda de milagros. Una iguana azul los espiaba desde un retablo, fumando el incienso de los rezos inconclusos.

Ese cuento, lleno de verbos hilados y símiles celestiales, lo leyó en voz alta una maestra que no sabía si reír o llamar al psicólogo. Algunos se burlaron, otros lo escucharon como si él tuviera una enfermedad contagiosa. Nadie quiso sentarse a su lado. Él sonrió. Había descubierto que podía contar historias, aunque el precio fuera la soledad.

La soledad tenía olor a galleta vieja y pupitre barnizado. Cayetano la masticaba en silencio mientras escribía cuentos en los márgenes de sus cuadernos. Nunca en la hoja principal. Siempre al margen. Como él. Uno de esos relatos lo tituló: El verbo hecho carne y otras catástrofes. El protagonista era un sacerdote que, al conjugar mal un salmo, convertía vino en aceite de motor y al Niño Dios en un gato montés.

Los regionalismos chiapanecos comenzaron a rodearlo como insectos zumbones. “Chilillo”, le decían por su manera de llorar en silencio. “Tamahito”, susurraban cuando le veían su lonchera impecable con totopos oaxaqueños. Un día, un niño más grande le preguntó si era “chunco” porque no jugaba fútbol ni decía groserías. Cayetano no entendía la mitad de lo que le decían, pero anotaba mentalmente cada palabra nueva como si fueran piezas arqueológicas.

“Chunco”: niño callado, bicho raro, inservible para la vida callejera. Definición incompleta —pensó él—, pero suficientemente precisa para sentirse nombrado.

Su refugio fue la biblioteca escolar. No por los libros, sino por el eco. Ahí su voz rebotaba con dignidad. Podía leer en voz alta sin ser interrumpido. Su preferido era un diccionario



viejo, forrado con cinta canela, donde descubrió que el sufijo -azo no sólo servía para golpes, sino también para intensidades.

“Librazo, tortillazo, Cristo-azo”. Lo anotó en un cuaderno aparte, que tituló: Manual para sobrevivir al habla enemiga.

Un día, la directora del plantel lo llamó a su oficina. Lo esperaba con una hoja en la mano. Era su cuento de la iguana azul, ahora tachado con tinta roja. “Esto, Cayetano, no se entiende. Esto no es para niños”. Él la miró con los ojos secos, como un anciano a punto de despedirse. “Entonces es para adultos que se portan como niños”, respondió. Lo suspendieron dos días. Él agradeció el silencio.

Pero no todo era exilio.

Una niña de su salón, Aminta López, de trenzas largas y voz de horchata con hielo, le pidió ayuda

para escribir una carta. Quería pedirle perdón a su abuela por haberle mentado. Cayetano redactó: Querida abuela, me pesa la mentira como si me hubiera tragado una piedra en vez de una palabra. Aminta lo besó en la mejilla, y él tembló. No supo si por el susto, el amor o la sintaxis.

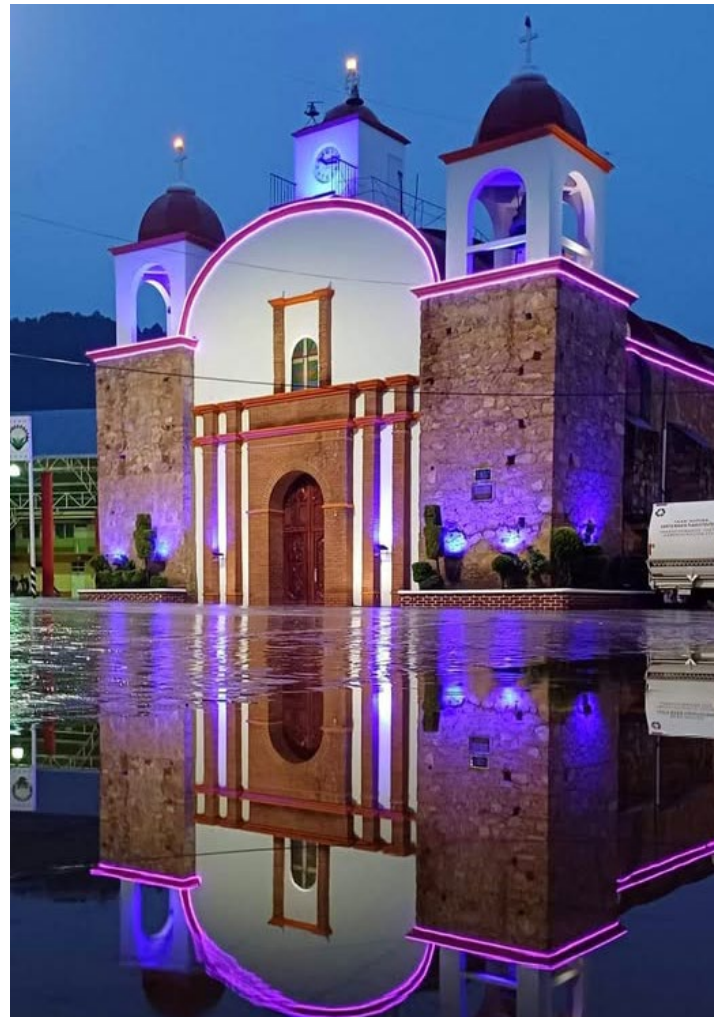
Esa noche escribió otro cuento. En él, la iguana azul bajaba del retablo, escupía fuego sobre los adultos y se sentaba junto a un niño callado a oír sus historias. Lo tituló: La que no dijo nada, pero lo entendió todo.

Y por primera vez, dejó de corregir lo que escribía.

Crónica de la memoria que no duele Fragmento de “Yo, tú, él y sus cuentos”

Despertó. No como se despierta un cuerpo. Como se despierta una conciencia. Estaba de pie. No sabía cómo. No había cama, ni ataúd, ni tierra. Solo estaba ahí. Su piel era seca, como si la hubieran moldeado con barro de una ladrillera. Cada poro le hablaba. Cada grieta le dolía. Rechinaba. No por el movimiento, sino por el recuerdo. Una pestaña cayó al suelo. Se rompió como si fuera de cristal. Y entonces lo supo: estaba muerto. Pero no ausente. Se llamaba Aurelio. Murió en 1998, en Santa María Tlahuitoltepec, con un libro en la mano y una deuda en el corazón. Lo enterraron con su guitarra, sus lentes rotos y una carta que nunca envió. Cada año volvía. No por nostalgia. Por mandato. Porque en México, los muertos tienen fecha de retorno. Porque los vivos, aunque no lo sepan, los convocan.

Este año, Aurelio volvió. Cruzó el umbral entre dimensiones con la torpeza de quien ya no tiene cuerpo. Llegó a su casa. O lo que quedaba de ella. La fachada era nueva. La pintura, reciente. El patio, limpio. No había huellas de él. Ni su silla, ni su sombrero, ni su olor. En la sala, un altar. Con su foto. Con pan de muerto. Con velas. Pero sin tristeza. Su mujer reía con sus nietas. Sus hijos hablaban



de política. Había otra mascota. Un gato que lo miró sin miedo. Aurelio entendió. Ya no lo extrañaban. Lo recordaban. Que no es lo mismo. El duelo había terminado. La memoria seguía. Y eso, pensó, era justo. Aurelio caminó por la casa. Cada paso le dolía. No por el esfuerzo. Por la conciencia. Entendía cada parte de su cuerpo. Cada célula que ya no era suya. Cada órgano que ya no funcionaba. La única humedad eran dos lágrimas que no sabía cómo habían llegado a sus ojos. No lloraba. Se reconocía.

Valió la pena, se preguntó. Tal vez sí. Por sus nietas. Por los libros que ya no estaban, pero que alguien había leído. Por las canciones que ya no se tocaban, pero que alguien tarareaba. Por los silencios que dejó. Por los errores que enseñaron. Por la vida que siguió sin él.

En San Pedro Pochutla, una mujer murió en 2003. Cada año, su perro la espera frente al altar. No ladra. No se mueve. Solo espera. Nadie lo alimenta. Nadie lo adopta. Pero no se va. Dicen que es ella. Que volvió en forma de animal. Que no necesita cuerpo para estar presente. En la Mixteca Baja, un niño murió por una bala perdida. Su madre pone su foto cada año. Pero también deja un juguete. Uno que nunca tuvo. Uno que él pidió antes de morir. Dicen que cada Día de Muertos, el juguete aparece movido. Que alguien juega con él. Que alguien lo usa. Nadie lo ve. Pero todos lo saben.

En la Sierra Mazateca, un anciano murió sin familia. No tenía altar. No tenía foto. Pero cada año, una flor aparece en su tumba. Nadie sabe quién la pone. Nadie la ve llegar. Pero ahí está. Como si la tierra lo recordara. Como si el monte lo nombrara.

Aurelio entendió que la muerte no es castigo. Es tránsito. Que siempre habrá quienes nacen. Que siempre habrá quienes mueren. Por guerra, por enfermedad, por homicidio, por suicidio. Que la muerte no pregunta. Solo llega. Que los vivos la temen. Pero los muertos la comprenden.

En México, la muerte no se esconde. Se celebra. Se pinta. Se canta. Se cocina. Se pone en altares. Se convierte en papel picado, en calaveras de azúcar, en versos burlones. Pero también se llora. Se recuerda. Se honra. Se espera. Aurelio volvió a la quinta dimensión. No con tristeza. Con certeza. Sabía que el próximo año lo volverían a poner en el altar. Que alguien lo nombraría. Que alguien lo recordaría. Y eso, pensó, era suficiente. La muerte no es final. Es tránsito. Es barro. Es memoria. Y en México, es costumbre.

Viajero entre dimensiones, altares y perros Fragmento de “Yo, tú, él y sus cuentos”

Aquel muerto se llamaba Eusebio. Murió en 1973, en un pueblo de la Mixteca Alta, con los pulmones llenos de polvo y los pies hinchados de tanto caminar. Lo enterraron con su sombrero de palma, su machete envuelto en manta y una foto de su madre que nunca supo leer. Desde entonces, Eusebio ha vuelto cada año. En la quinta dimensión, donde los muertos no flotan ni descansan, sino observan, Eusebio aprendió a moverse entre planos. No hay túneles ni luces blancas. Hay rutas. Algunas marcadas con flor de cempasúchil, otras con el olor de un guiso que sólo se cocina una vez al año. En esa dimensión, los muertos no hablan. Pero entienden. No caminan. Pero llegan. No envejecen. Pero recuerdan. Cada 31 de octubre, Eusebio cruza. No por el altar que le pone su sobrina nieta en San Juan Mixtepec, sino por el perro negro que lo espera en la esquina de la casa. El mismo que lo acompañó en vida, que murió atropellado en 1981 y que desde entonces también cruza, sin altar, sin foto, sin vela.



Los perros, lo sabe Eusebio, no necesitan permiso para volver. Son custodios. Son testigos. Son los únicos que reconocen a los muertos sin preguntar. En Oaxaca, los muertos no son metáfora. Son logística. Se les espera con comida, bebida, cigarros, música y flores. Se les prepara un camino de pétalos, se les deja agua para el viaje, se les encienden velas para que no se pierdan. No es fe. Es protocolo.

Eusebio ha pasado por muchos altares. Algunos sinceros, otros de catálogo. En la ciudad, ha visto ofrendas con latas de cerveza importada, retratos impresos en plotter y pan de muerto comprado en supermercados. No juzga. Los muertos no tienen ideología. Pero prefiere los altares de tierra, los que huelen a copal y a tortilla recién hecha, los que tienen retratos en sepia y veladoras con hollín.

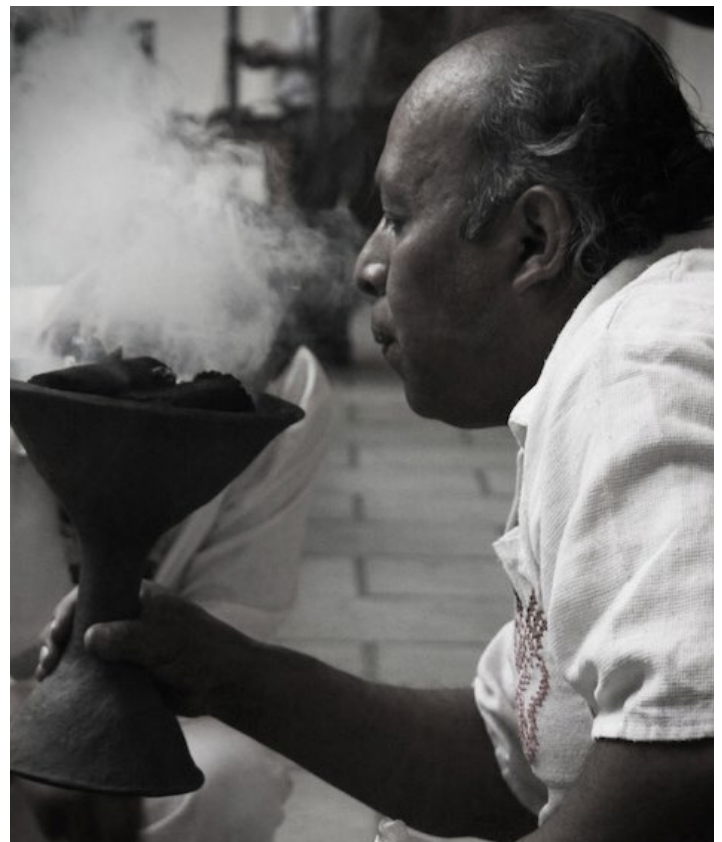
En la Sierra Norte, conoció a una niña que hablaba con su abuela muerta. No en sueños. En la cocina. La abuela le dictaba recetas. La niña las anotaba. La madre pensó que era juego. Hasta que la niña preparó un mole que nadie había cocinado desde 1962. Eusebio se sentó en la esquina del fogón. No dijo nada. Pero supo que la abuela estaba ahí. Los muertos no necesitan cuerpo para estar presentes. Basta con que alguien los recuerde con precisión.

En Veracruz, Eusebio vio a un gato que no era gato. Dormía sobre la tumba de un niño muerto en 1947. Nadie lo alimentaba. Nadie lo espantaba. Cada Día de Muertos, el gato desaparecía. Volvía el 3 de noviembre. Siempre al mismo sitio. Siempre con la misma mirada. Los niños del pueblo decían que era el niño reencarnado. Los adultos no decían nada. Pero evitaban pasar por ahí de noche.

En la Ciudad de México, Eusebio se coló en una ofrenda monumental. Vio turistas tomarse selfies con calaveras de unicel, vio altares patrocinados por bancos, vio catrinas de dos metros con pestañas postizas. No se molestó. Pero no se quedó. Prefirió seguir su ruta hacia Milpa Alta, donde una familia le dejó un plato de tamales de frijol y una botella de aguardiente. No era para él.

Pero lo tomó. Los muertos, cuando no encuentran su altar, se alimentan de lo que encuentran. Eusebio aprendió que en la quinta dimensión no hay cielo ni infierno. Hay memoria. Los que son recordados, cruzan. Los que no, se quedan. No en pena. En pausa. En la Huasteca, escuchó a un curandero decir que los muertos caminan entre nosotros, que se esconden en los reflejos, en los sueños, en los silencios incómodos.

Que a veces se manifiestan como ráfagas de viento, como olores que no tienen origen, como animales que nos miran con demasiada atención. En la Sierra Mazateca, una mujer le contó a su hija que su padre muerto la visitaba cada año. No en forma de espíritu. En forma de zopilote. Se posaba en el árbol frente a la casa. No graznaba. No volaba. Solo miraba. La hija no lo creía. Hasta que un año, el zopilote no llegó. Y ese año, la mujer murió. Eusebio volverá en la víspera de este noviembre. No porque lo esperen. Sino porque puede. Porque los muertos, cuando tienen memoria, no necesitan permiso. Solo ruta. Solo un perro. Solo una vela encendida en la cocina.



¡Feliz Halloween, Muertos!
**La batalla cultural que se libra entre calabazas
y cempasúchil**
Fragmento de “Yo, tú, él y sus cuentos”

Cada año, cuando octubre se desangra en naranja y noviembre asoma con olor a copal, México se convierte en un campo de batalla simbólico. No hay armas. Hay disfraces. No hay trincheras. Hay altares. No hay enemigos. Hay muertos. Y en medio de todo, una pregunta que se repite con la insistencia de un rezo mal aprendido: ¿Halloween o Día de Muertos?

En las calles de la Ciudad de México, los niños piden dulces disfrazados de Spider-Man, brujas fluorescentes y zombis con maquillaje de supermercado. En las casas de Oaxaca, los altares se levantan con pan de muerto, veladoras, retratos, flores de cempasúchil y tamales de mole negro. En los centros comerciales, las calabazas plásticas compiten con las calaveras de azúcar. En las escuelas, los maestros explican que una cosa es tradición y la otra es invasión. Pero en la práctica, todo se mezcla. Todo se adapta. Todo se transforma.

El Halloween llegó por la televisión, por las películas, por los centros comerciales, por los paquetes escolares bilingües. Se instaló con fuerza en las zonas urbanas, en las clases medias, en los barrios donde el inglés se pronuncia con acento de serie doblada. Pero no es nuevo. Lleva décadas en el país. Y no es enemigo. Es síntoma. Es reflejo. Es parte de una globalización que no pide permiso.

El Día de Muertos, en cambio, se presenta como la esencia de lo mexicano. Como la prueba de que aquí no se teme a la muerte, se le invita a cenar. Como el ritual que nos distingue del resto del mundo. Pero esa versión es reciente. Fue construida por el Estado, por los intelectuales, por los libros de texto, por el turismo cultural. No es mentira. Pero tampoco es toda la verdad. En realidad, el Día de Muertos es una mezcla.

Tiene raíces indígenas, sí. Pero también tiene influencias católicas, coloniales, europeas. El altar no es prehispánico. Es barroco. Las calaveras de azúcar no son aztecas. Son conventuales. El pan de muerto no es ritual ancestral. Es panadería criolla. Y eso no lo hace menos auténtico. Lo hace más interesante.

En Xochimilco, por ejemplo, la alumbrada transforma el panteón en un mar de luces. Las familias velan a sus muertos con comida, música y silencio. No hay disfraces. Hay respeto. Pero también hay niños que, al salir del panteón, piden dulces en las calles. Y nadie se escandaliza. Porque en México, la contradicción no se resuelve. Se celebra.

En Monterrey, los centros comerciales organizan concursos de disfraces. En Pátzcuaro, las comunidades purépechas preparan altares comunitarios. En Guadalajara, los bares ofrecen



shots temáticos. En Mixquic, las tumbas se iluminan con velas. En Tijuana, se cruzan fronteras simbólicas y reales. Y en todas partes, los muertos regresan. Con o sin permiso.

La discusión sobre Halloween y Día de Muertos no es una guerra. Es una conversación. Una negociación cultural. Una muestra de que las identidades no son puras. Son procesos. Son mezclas. Son adaptaciones. Y en ese sentido, México no pierde nada al celebrar ambos. Al contrario. Gana complejidad. Gana matices. Gana historias.

Porque al final, lo importante no es si el niño se disfraza de Batman o si el altar tiene papel picado. Lo importante es que haya memoria. Que haya vínculo. Que haya conversación con los que ya no están. Que haya pan, flores, dulces, luz, silencio, risa. Que haya vida.

México frente a sus muertos Fragmento de “Yo, tú, él y sus cuentos”

La muerte no es un final. Es una institución. Una práctica social. Un sistema de creencias que ha sobrevivido a la conquista, al catecismo, al positivismo, al neoliberalismo y a la globalización. El culto a los muertos no es una tradición decorativa. Es una estructura cultural que organiza el tiempo, el espacio, la memoria y la identidad. Y en esa estructura, el altar no es un adorno. Es un manifiesto.

Desde tiempos prehispánicos, los pueblos mesoamericanos desarrollaron rituales funerarios complejos. No para despedirse. Para acompañar. Para asegurar el tránsito. Para mantener el vínculo. La muerte era parte del ciclo. No ruptura. No castigo. No ausencia. Era continuidad. Era destino. Era retorno. Pero con la llegada de los colonizadores, esa lógica fue intervenida. Se impuso el calendario cristiano. Se prohibieron los sacrificios. Se reguló el duelo. Se cristianizó el más allá. Y, sin embargo, el



culto sobrevivió. No intacto. Transformado. El altar doméstico, tal como se conoce hoy, es resultado de esa negociación. Se levantan estructuras de varios niveles. Se colocan veladoras, flores, pan de muerto, frutas, retratos, objetos personales, papel picado, agua, sal, comida caliente. Cada elemento tiene una función. Una lógica. Una historia. No hay improvisación. Hay método. Hay memoria. Hay resistencia.

En las comunidades rurales, el Día de Muertos no es una fiesta. Es una operación espiritual. Se limpian las tumbas. Se cocinan platillos específicos. Se reciben a los muertos como si fueran visitas esperadas. No hay espectáculo. Hay liturgia doméstica. No hay nostalgia.

Hay presencia. Los muertos no se recuerdan. Se alimentan. Se escuchan. Se alojan. Pero el culto no se limita al hogar. Se extiende al espacio público. A los panteones. A las plazas. A las escuelas. A los mercados. A los medios. A la política. A la economía. El Estado ha promovido el

Día de Muertos como símbolo patrio. La industria lo ha convertido en mercancía. El turismo lo ha transformado en espectáculo. Y sin embargo, en el fondo, persiste la lógica original: la muerte como vínculo. Como conversación. Como continuidad.

El culto a los muertos en México no es una tradición congelada. Es una práctica viva. Que cambia. Que se ajusta. Que se reinventa. Que se defiende. Que se expande. Que se exporta. Que se celebra. Que se llora. Que se cocina. Que se canta. Que se ilumina. Que se documenta. Que se transmite. Y en esa práctica, el mexicano no se ríe de la muerte. La enfrenta. La negocia. La acompaña. La convierte en parte de su vida. Porque en México, la muerte no es tabú. Es costumbre. Es calendario. Es altar. Es plato. Es flor. Es vela. Es retrato. Es camino. Es casa.

Tradición reinventada entre altares, política y memoria

Fragmento de “Yo, tú, él y sus cuentos”

En México, el Día de Muertos no es una celebración ancestral. Es una construcción moderna. Una invención nacional. Un ritual que se ha transformado, negociado y adaptado durante siglos. Lo que hoy se presenta como una tradición prehispánica es, en realidad, un sincretismo complejo entre prácticas indígenas, imposiciones coloniales, estrategias estatales y necesidades sociales. Y en esa mezcla, el altar no es solo un símbolo. Es una declaración.

La historia comienza en los siglos posteriores a la conquista, cuando las autoridades eclesiásticas y civiles buscaron domesticar las prácticas



funerarias indígenas. Se prohibieron los sacrificios. Se reguló el uso de flores. Se cristianizó el calendario. Se impusieron rezos, misas, indulgencias. Pero los pueblos no abandonaron sus formas. Las adaptaron. Las escondieron. Las disfrazaron. Y así nació el altar doméstico: un espacio híbrido donde conviven santos y calaveras, veladoras y copal, pan de muerto y reliquias.

Durante el siglo XIX, el Estado mexicano, en busca de una identidad nacional, recuperó y promovió ciertas prácticas populares. El Día de Muertos fue elevado a símbolo patrio. Se le atribuyó un origen prehispánico. Se le rodeó de discursos sobre la mexicanidad, la resistencia, la autenticidad. Se le convirtió en espectáculo.

En folclor. En mercancía. Pero detrás del papel picado y las calaveras de azúcar, persiste una lógica más profunda: la necesidad de recordar, de llorar, de negociar con la muerte.

En Oaxaca, por ejemplo, el Día de Muertos no se vive como una fiesta. Se vive como una operación espiritual. Las familias levantan altares con precisión quirúrgica. Se colocan niveles, según la jerarquía de los difuntos. Se eligen flores por su color, su aroma, su simbolismo.

Se cocinan platillos específicos, según el gusto del muerto. Se encienden velas en número impar. Se colocan objetos personales: relojes, sombreros, fotografías, herramientas. Todo tiene un propósito. Todo tiene una lógica.

El panteón se convierte en centro de operaciones. Se limpia. Se pinta. Se adorna. Se visita en horarios específicos. Se colocan ofrendas. Se rezan rosarios. Se canta. Se come. Se conversa. No hay tristeza. Hay presencia. Los muertos no son ausentes. Son visitantes. Y el altar es su casa temporal.

Pero esta práctica no es estática. Ha sido moldeada por el turismo, la política, la religión, la economía. En las últimas décadas, el Día de Muertos ha sido promovido como atractivo cultural. Se organizan concursos de altares. Se diseñan rutas turísticas. Se venden paquetes temáticos. Se exporta la imagen del mexicano que se ríe de la muerte. Pero en los pueblos, la lógica es otra. No se trata de reír. Se trata de convivir.

El altar no es decoración. Es infraestructura emocional. Es tecnología espiritual. Es estrategia cultural. Y en su construcción se revela una historia de resistencia, de adaptación, de negociación. Porque el Día de Muertos no es una tradición congelada. Es una práctica viva. Que cambia. Que se ajusta. Que se reinventa.

Y mientras haya velas, flores, comida, objetos, rezos y silencio, los muertos seguirán regresando. No como fantasmas. Como familia. Porque en México, la muerte no es final. Es tránsito. Es retorno. Es conversación.

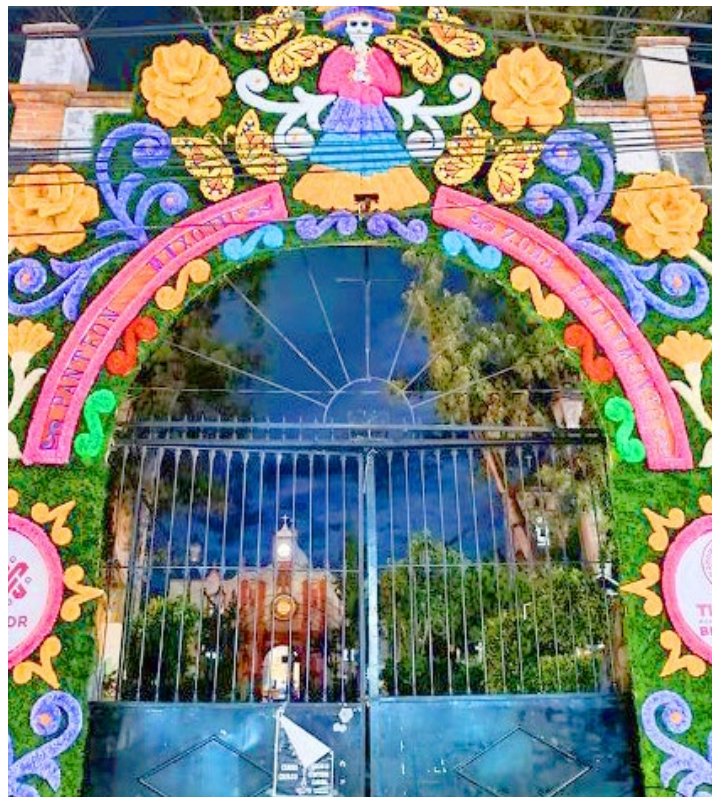
Tránsito sin consuelo entre Oaxaca, Egipto y los pasillos del más allá

Fragmento de “Yo, tú, él y sus cuentos”

Miguel murió a las 3:17 de la madrugada, un martes de octubre, en Santa Lucía del Camino. No hubo velorio. No hubo misa. Solo una llamada a sus hijos, una firma en el acta y un cuerpo que nadie quiso tocar. Lo enterraron en el panteón municipal, junto a una tumba sin nombre y otra con una cruz de plástico.

Desde entonces, Miguel ha estado despierto. No en el sentido espiritual. En el sentido físico. Su conciencia no se disolvió. Se reorganizó. Se replegó en una dimensión que no tiene tiempo ni espacio, pero sí memoria. Miguel se vio a sí mismo. No como metáfora. Como expediente. Como cuerpo que ya no respira pero que sigue pensando.

Miguel entendió que la muerte no es un fin. Es un trámite. Un proceso administrativo que exige pruebas, declaraciones, confesiones. No ante Dios. Ante entidades que no tienen rostro, pero sí



jerarquía. En Oaxaca, lo esperaban con copal y pan de muerto. En Egipto, lo esperaban con fórmulas, con juicios, con balanzas. En la Ciudad de México, lo esperaban con burocracia. En todos los casos, lo que se pedía era lo mismo: rendición de cuentas.

En su tránsito, Miguel cruzó por pasillos que no eran físicos. Eran simbólicos. Cada uno representaba una etapa de su vida. El pasillo de los errores. El pasillo de las omisiones. El pasillo de los arrepentimientos. En cada uno, una figura lo interrogaba. No con palabras. Con presencia. Con presión. Con silencio. En San Mateo del Mar, conoció a un pescador que murió en 1987. El hombre no había cruzado. No por miedo. Por deuda. Había prometido construir una lancha para su hijo. No lo hizo. Cada año, el hijo deja madera en la playa. Cada año, el muerto la revisa. Hasta que la lancha esté completa, no cruzará.

En El Cairo, Miguel vio a una mujer que murió en el siglo XIII. Su cuerpo fue momificado. Su alma, no. Sigue esperando que alguien pronuncie su nombre completo. No el que aparece en los registros. El que su madre le dio en secreto. Hasta entonces, no podrá presentarse ante los jueces del más allá.

En la Sierra Tarahumara, un joven murió por suicidio. Su comunidad lo excluyó del altar. Pero su perro lo incluyó. Cada Día de Muertos, el animal se sienta frente a la tumba. No ladra. No se mueve. Solo espera. Miguel entendió que los animales tienen otra lógica. Otra forma de recordar. Otra forma de juzgar.

Miguel recorrió dimensiones que no aparecen en los mapas. Lugares donde el alma se fragmenta, se prueba, se pesa. No hay cielo. No hay infierno. Hay tránsito. Hay evaluación. Hay memoria.



En cada sitio, una pregunta: ¿qué hiciste con tu tiempo? No con tu fe. Con tu tiempo. En Tehuantepec, una mujer le dijo que los muertos no se van. Se reorganizan. Se convierten en viento, en sombra, en intuición. Que cuando alguien siente que lo observan, no es paranoia.

Es presencia. Que cuando un niño llora sin razón, no es berrinche. Es reconocimiento. En París, Miguel vio una tumba sin flores. Nadie la visita. Nadie la recuerda. Pero cada noche, una figura se sienta sobre ella. No es familiar. No es amigo. Es alguien que leyó su diario. Que lo entendió. Que lo nombró. Y eso, en el más allá, cuenta como altar. Miguel sigue despierto. No por castigo. Por estructura. Porque la muerte no es descanso. Es trámite. Y en México, en Egipto, en cualquier sitio donde los muertos son más que cuerpos, ese trámite puede durar siglos.



Compartimos lo mejor
de México y el mundo,
con más de 30 años
de experiencia.



MAR AGENCIA



Pregunta por nuestros
paquetes todo incluido en
viajes nacionales y al
extranjero y conoce todas
nuestras promociones por
temporada.

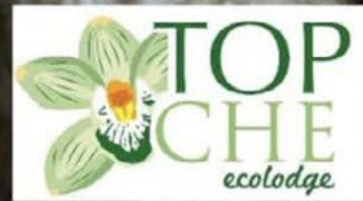


 +52 916 121 0397



Mar Viajes Internacionales

Registro Nacional de Turismo SECTUR 4070653003



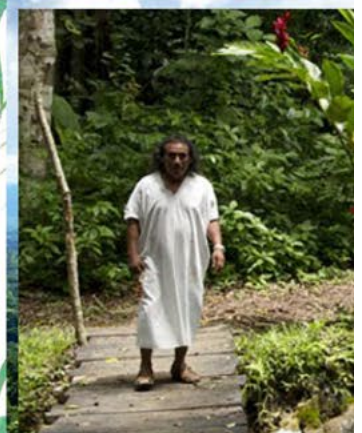
TU HOGAR EN LA SELVA

Topche.mx

info@topche.mx

(52)916 101 6959

Lacanja Chansayab, Chiapas, México





HAZ QUE EL MUNDO ESCUCHE

tu talento

LICENCIATURA EN,
PRODUCCIÓN
Musical



SEP
SECRETARÍA
DE EDUCACIÓN
PÚBLICA

RVOE
RECONOCIMIENTO DE
VALIDEZ OFICIAL DE
ESTUDIOS

**SISTEMA
ESCOLARIZADO**

4 AÑOS
(8 SEMESTRES)

**TURNO
MATUTINO**

CCT: 07PSU0279Q

RVOE: PSU-08/2024

4A ORIENTE NORTE
#410 TUXTLA GTZ, CHIAPAS



ANUNCIA EDUARDO RAMÍREZ ACCIONES PARA MEJORAR CONDICIONES DEL SECTOR TRANSPORTISTA CONCESIONADO



En Tuxtla Gutiérrez, el gobernador Eduardo Ramírez Aguilar asistió a la asamblea con el sector transportista concesionado, donde anunció que el gobierno de la Nueva ERA brindará seguridad social, acompañamiento para la renovación del parque vehicular y programas de capacitación para que este gremio se convierta en promotor del turismo en Chiapas. Enfatizó que estas acciones, de carácter sensible y humanista, buscan mejorar la calidad del servicio, garantizar los derechos laborales y fortalecer los ingresos de quienes integran este sector. En este contexto, el mandatario remarcó que la paz, la seguridad y el Estado de derecho se han recuperado gracias a la aplicación firme de la ley. Detalló que uno de los objetivos hacia 2026 es consolidar el desarrollo y la prosperidad compartida, por lo que su administración mantiene un diálogo permanente con los distintos sectores, con el fin de escuchar sus necesidades y contribuir al bienestar, la cohesión y la estabilidad social. "Siempre he tenido la mística de mantener relación con todos los sectores que conforman la entidad. Un gobernante debe ser eso. Siempre vamos a tener la disposición de reunirnos con las bases de los sectores productivos: las y los ganaderos, pescadores, agricultores, transportistas, guías de turismo, pequeños y medianos empresarios, profesionistas, religiosos, entre otros. Esto

no solo permite ayudarlos sino también a la generación de gobernabilidad, paz y en la construcción de un gobierno cercano al pueblo", expresó. Por su parte, la secretaria de Movilidad y Transporte, Albania González Pólito, subrayó la amplia participación de las y los transportistas y reconoció que, en esta Nueva ERA, se han construido puentes de comunicación sólidos y atendido sus planteamientos. Indicó que el gremio valora no solo la seguridad que hoy se percibe en calles y carreteras, sino también ser parte activa de la transformación orientada al diálogo, la paz y el desarrollo. En representación del sector transportista, Florencio Álvarez Sánchez, socio de la Ruta 01 en modalidad colectivo, resaltó el humanismo del gobernador Eduardo Ramírez y agradeció la voluntad política que permitió resolver un conflicto de años y recuperar el patrimonio familiar de las y los concesionarios. perdido, pero su llegada fue una luz en el camino", expresó emocionado. Estuvieron presentes en el evento la presidenta de la Mesa Directiva del Congreso del Estado, Alejandra Gómez Mendoza; El presidente municipal de Tuxtla Gutiérrez, Ángel Torres Culebro; Alejandra Chagoya Labra, socia de la Ruta 01; y José Clemente Ovilla Juárez, presidente de Radio Taxi Concord, Tuxtla Gutiérrez, entre otros.

JORGE CABRERA HACE ENTREGA DE DIVERSAS OBRAS EN PALENQUE



En colonia Monterrey, el presidente Municipal de Palenque, Jorge Cabrera Aguilar, realizó la entrega de la pavimentación con concreto hidráulico de la avenida Lienzo Charro, en beneficio de todas las personas y automovilistas que transitan a diario en esta vialidad de gran afluencia. Esta obra realizada por la Dirección de Obras Públicas, tuvo una inversión de 2 millones 354 mil 205 pesos con 84 centavos. En dicha entrega, el presidente destacó que la coordinación entre sociedad y gobierno hace posible mejorar los espacios públicos y elevar la calidad de vida de las familias, “Con estas obras seguimos brindando calles dignas y seguras para todos aquellos que transiten por este lugar, ya que es una de las colonias con mayor movilidad en el municipio”, expresó el alcalde ante los beneficiados. Con estas acciones se refuerza el compromiso del gobierno municipal para trabajar por un municipio mejor, brindando prontas soluciones a nuestros ciudadanos. De igual forma, Cabrera Aguilar hizo la entrega formal de la construcción de dos Aulas tipo U-2C en la Escuela Primaria Bilingüe “Juan de Dios Peza”, ubicada en la colonia Luis Donald Colosio de la cabecera municipal. Esta obra contó con una inversión de un millón 298 mil 227 pesos con 5 centavos, recursos destinados a mejorar la infraestructura escolar y

brindar espacios dignos, seguros y funcionales para el proceso de enseñanza-aprendizaje de las niñas y los niños. Con la entrega de estas nuevas aulas, el gobierno municipal refrendó su compromiso de continuar invirtiendo en infraestructura educativa para contribuir al desarrollo integral de la niñez palencana, fortaleciéndose así las oportunidades de aprendizaje y crecimiento para toda la comunidad escolar. En otro evento, Jorge Cabrera Aguilar, entregó la pavimentación con concreto hidráulico de la Avenida Guayacán, calles Caoba y Nuevo León, en la colonia La Lomita AC. Esta obra tuvo una inversión de 1 millón 660 mil 188 pesos con 43 centavos. Durante el acto, el alcalde mencionó que esta obra brindara mayor seguridad para todos los que la transitan diariamente e invitó a vecinos y ciudadanía en general a dar un buen uso y cuidar de este espacio público que es para beneficio de todas y todos. Asimismo, reiteró que su gobierno seguirá trabajando para fortalecer con obra pública el bienestar y la mejora de la calidad de vida de la población en cada rincón del municipio. Los beneficiados agradecieron al presidente e integrantes de su administración por la entrega de esta obra que dijeron permitirá a ellos y a las familias hacer uso de una vialidad más digna y más segura.

EL MUNICIPE PALENCANO ACOMPAÑÓ AL GOBERNADOR DE CHIAPAS A LA DECLARATORIA DE RESERVA NATURAL COMUNITARIA



Jorge Cabrera Aguilar acompañó al gobernador de Chiapas, Eduardo Ramírez Aguilar, en la Declaratoria de la Reserva Natural Comunitaria "Huextoc Natzin", ubicada en las Cascadas El Salto. Estas reservas naturales comunitarias representan un modelo esencial de corresponsabilidad social, donde autoridades y comunidades se unen para garantizar la conservación de los ecosistemas, el impulso al turismo responsable y el fortalecimiento del bienestar colectivo. Este acto constituye un momento significativo para la protección ambiental en Chiapas, reafirmando el compromiso institucional de salvaguardar la riqueza natural que distingue a nuestro estado. Con estas acciones, Palenque y Chiapas consolidan su liderazgo en la defensa del patrimonio ambiental, promoviendo un desarrollo sostenible que honra la grandeza de nuestra biodiversidad. Al respecto el edil de Palenque manifestó que "El cuidado del medio ambiente es una prioridad para nuestro municipio. Estamos trabajando de la mano con las comunidades para proteger nuestros ríos, selvas y cascadas, y para que las familias que viven y cuidan estos espacios también se benefician. Con esta declaratoria, sentamos las bases para que Palenque pueda integrarse a los esquemas de pagos ambientales, una estrategia que reconoce y apoya el esfuerzo de quienes protegen a la Madre Tierra todos los días. Además, celebramos el anuncio de un apoyo mensual para nuestras y nuestros atletas, un impulso que les permitirá seguir formándose en el deporte y en sus estudios. Desde el municipio seguiremos

acompañándolos para que sigan poniendo en alto el nombre de Palenque", concluyó Jorge Cabrera. Ante la proximidad de las fiestas decembrinas, el presidente de Palenque, Jorge Cabrera, inauguró el espacio donde estarán instalados los vendedores de pirotecnia que será en la parte posterior de las instalaciones de la Ganadera Regional, en un perímetro de seguridad definido por Protección Civil. Cada local cuenta con su propio extintor y se ha capacitado y sensibilizado a las y los comerciantes sobre su uso adecuado. El presidente municipal invitó a todas las familias a disfrutar esta temporada con responsabilidad y a manejar la pirotecnia con precaución. Sobre el mismo tema, Jorge Cabrera junto a su esposa la titular del Sistema DIF Municipal, Nayeli Hernández Morales y sus hijos, realizó el tradicional encendido del Árbol de Navidad y de la decoración del andador turístico de la Avenida Hidalgo, marcando así el inicio de las festividades decembrinas 2025 en la ciudad. Asimismo agradeció a todas las familias que se dieron cita para vivir este instante tan especial, "al Cabildo municipal, por caminar conmigo en cada decisión por el bien de nuestro municipio y a nuestros invitados especiales, que con su presencia hicieron aún más significativo este encuentro". Posteriormente el edil y sus acompañantes realizaron el recorrido por el andador turístico de la Avenida Hidalgo, saludando y conviviendo con las personas presentes, quienes reconocieron la cercanía y la importancia que su gobierno le da a las temporadas y festividades de fin de año.